



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

SOFIA PETROVNA
UNA CIUDADANA EJEMPLAR
LIDIA CHUKÓVSKAIA

TRADUCCIÓN DE MARTA REBÓN

EPÍLOGO DE MARTA REBÓN Y FERRAN MATEO



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *Софья Петровна*

The publication was effected under the auspices of the
Mikhail Prokhorov Foundation TRANSCRIPT Programme to Support
Translations of Russian Literature



© Elena Chukóvskaia, 2013
Translation rights acquired via FTM Agency, Ltd., Russia, 2013
© de la traducción, Marta Rebón, 2014
© del epílogo, Marta Rebón y Ferran Mateo, 2014
© Errata naturae editores, 2014
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-78-7

DEPÓSITO LEGAL: M-25449-2014

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

DISEÑO DE PORTADA: Nuria Zaragoza

IMAGEN DE CUBIERTA: Album / akg-images

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Índice

SOFIA PETROVNA. UNA CIUDADANA EJEMPLAR <i>Lidia Chukóvskaia</i>	9
LA MEMORIA MUTILADA DEL CIUDADANO SOVIÉTICO <i>Marta Rebón</i> <i>Ferran Mateo</i>	175

Después de la muerte de su marido, Sofia Petrovna se matriculó en los cursos de mecanografía. Tenía que aprender sin falta una profesión, pues Kolia aún tardaría en ganarse un sustento. Una vez acabada la escuela secundaria, debía ingresar a toda costa en un instituto. Fiódor Ivánovich no habría permitido que su hijo se quedara sin estudios superiores... A Sofia Petrovna se le daba bien la máquina de escribir; además, era mucho más instruida que aquellas modernas señoritas. Tras obtener la más alta calificación, pronto encontró trabajo en una de las editoriales más grandes de Leningrado.

La vida de oficinista absorbió por completo a Sofia Petrovna. Al cabo de un mes ya no podía comprender cómo vivía antes sin ese empleo. Es verdad, por las mañanas era desagradable levantarse con el frío y la luz eléctrica, helarse esperando el tranvía entre un gentío soñoliento y lúgubre. Es verdad, debido al repiqueteo de las máquinas de escribir hacia el final de la jornada empezaba a dolerle la cabeza... Pero, en

cambio, qué ameno e interesante era tener una ocupación. De niña le encantaba ir al colegio, y solía llorar cuando, por culpa de un resfriado, la dejaban en casa, y ahora le gustaba mucho ir a la oficina. Cuando se percataron de cómo extremaba el celo en su trabajo, enseguida la nombraron mecanógrafa jefa: la directora de la oficina de mecanografía, por así decirlo. Distribuir el trabajo, hacer el recuento de páginas y de líneas, grapar las hojas... Todo eso le gustaba mucho más a Sofia Petrovna que mecanografiar. Cuando llamaban a la ventanilla de madera, la abría y, con aire digno, lacónica, tomaba los documentos. La mayoría de las veces se trataba de cuentas, proyectos, informes, cartas oficiales y órdenes, pero de cuando en cuando caía en sus manos el manuscrito de algún escritor contemporáneo.

—Estará listo dentro de veinticinco minutos —decía Sofia Petrovna, lanzando una ojeada al reloj grande—. En punto. No, antes no, dentro de veinticinco minutos exactos. —Y cerraba bruscamente la ventanilla, sin entablar conversación. Tras permanecer un momento pensativa, entregaba el documento a la mecanógrafa que creyese más conveniente para aquel trabajo concreto: si traía el documento la secretaria del director, se lo daba a la más rápida, la más instruida y escrupulosa.

De joven, cuando se aburría en esos días en que Fiódor Ivánovich pasaba mucho tiempo fuera visitando

a sus pacientes, soñaba con tener un taller de costura propio. En una grande y luminosa habitación se sentarían unas chicas atractivas, inclinándose sobre cascadas de seda, y ella les enseñaría los modelos y, mientras se los probaran, entretendría a las elegantes damas con una charla mundana. Una oficina de mecanografía era, quizá, incluso mejor: en cierta medida tenía más fuste. Ahora, a menudo, Sofia Petrovna era la primera persona en leer, aún en forma de manuscrito, una nueva obra de la literatura soviética —un relato largo o una novela— y, si bien las novelas y los relatos soviéticos le parecían aburridos, pues hablaban mucho de batallas, de tractores, de talleres fabriles, y muy poco de amor, se sentía halagada de todos modos. Empezó a rizarse el cabello, prematuramente cano, y cuando se lo lavaba añadía un poco de añil al agua, para que no se le pusiera amarillo. Con un sencillo blusón negro —aunque ribeteado con un pequeño cuello de genuino encaje antiguo—, con un lápiz bien afilado en el bolsillo a la altura del pecho, se sentía eficiente, así como respetable y distinguida. Las mecanógrafas le tenían un poco de miedo y, a sus espaldas, la llamaban «la institutriz». Pero la obedecían. Y ella quería ser severa pero justa. En los descansos charlaba afablemente con aquellas que hacían bien su trabajo y no cometían faltas de ortografía —hablaba de lo difícil que era

descifrar la letra del director y de que no a todas las mujeres les quedaba bien pintarse los labios—, pero con aquellas que escribían «ensallo» y «colectivo» se comportaba con arrogancia. Una de aquellas señoritas, Erna Semiónovna, realmente le ponía los nervios de punta: escribía mal casi todas las palabras, fumaba de una manera insolente y se pasaba el rato de cháchara durante el trabajo. Erna Semiónovna le recordaba vagamente a una sirvienta descarada que habían tenido trabajando en casa en los viejos tiempos. Se llamaba Fani, soltaba groserías a Sofia Petrovna y coqueteaba con Fiódor Ivánovich... ¿Por qué aguantaban a alguien así?

De todas las mecanógrafas de la oficina la que más le gustaba era Natasha Frolenko, una joven discreta, poco agraciada y con la tez de un color gris verdoso. Al escribir no cometía ni una falta de ortografía, y sus márgenes y sangrados de párrafo eran asombrosamente elegantes. Mirando su trabajo, daba la impresión de que estuviese escrito en un papel especial y de que utilizara una máquina de escribir mejor que las demás. Pero, en realidad, tanto el papel como la máquina de escribir de Natasha eran de lo más corriente, y todo el secreto, por sorprendente que pareciera, consistía en su pulcritud.

La oficina de mecanografía quedaba separada del resto del establecimiento por una ventanilla de madera

barnizada con laca marrón. La puerta estaba siempre cerrada con llave, y las conversaciones se mantenían a través de la ventanilla. Al principio Sofia Petrovna no conocía a nadie en la editorial, excepto a las mecanógrafas y a las mensajeras que entregaban los documentos. Pero poco a poco fue teniendo trato con todos. Habían transcurrido unas dos semanas cuando en el pasillo se acercó a charlar con ella un hombre robusto y calvo, pero de aspecto joven aún, el contable. Resultó que la había reconocido: unos veinte años atrás Fiódor Ivánovich lo había tratado de su enfermedad con gran éxito. Al contable le entusiasmaban el remo y los bailes de salón, y a Sofia Petrovna le agradó que la invitara a apuntarse a su grupo de baile. La secretaria del director, una mujer amable y entrada en años, empezó a saludarla, también se inclinaba ante ella el jefe de personal, y lo mismo hacía un famoso escritor, apuesto, de cabello cano, tocado con un gorro de piel de castor, que llevaba una cartera marcada con un monograma y siempre llegaba a la editorial en su propio coche. El escritor incluso le preguntó un día si le había gustado el último capítulo de su novela. «Nosotros, gente de letras, hace tiempo que nos dimos cuenta de que las mecanógrafas son los jueces más imparciales. Es verdad —añadió con una sonrisa que dejó al descubierto sus idénticos dientes postizos—, juzgan de un modo

espontáneo, no se dejan llevar por ideas preconcebidas como los camaradas críticos o los editores». Sofia Petrovna también conoció al secretario del Partido, Timoféiev, un hombre cojo que no se afeitaba. Huraño, miraba al suelo cuando hablaba, y ella le tenía un poco de miedo. A veces aparecía en la ventanilla de madera y llamaba a Erna Semiónovna; lo acompañaba el administrador. Sofia Petrovna abría la puerta, y el administrador sacaba de la oficina la máquina de escribir de Erna Semiónovna y la llevaba a un departamento especial. Ella iba detrás de su máquina con aire triunfal: como le habían explicado a Sofia Petrovna, tenía acceso a trabajos secretos, y el secretario del Partido la convocaba al departamento especial para copiar a máquina documentos confidenciales del Partido.

Pronto Sofia Petrovna conocía ya a todos en la editorial por sus apellidos, por sus cargos y por sus caras: a los contables, los editores, los maquetistas, las mensajeras. Cuando llevaba ya casi un mes trabajando allí vio al director por primera vez. Tenía en su despacho una alfombra mullida, alrededor del escritorio había unos sillones profundos y blandos y sobre la mesa reposaban tres teléfonos, ni más ni menos. El director resultó ser un hombre joven, de unos treinta y cinco años, no más, de elevada estatura, bien afeitado, con un bonito traje gris, tres insignias prendidas en el

pecho y una pluma estilográfica en la mano. Charló con Sofia Petrovna unos dos minutos, pero durante ese tiempo sonó tres veces el teléfono, y mientras atendía a uno descolgaba el auricular de otro. El propio director la ayudó a tomar asiento y le preguntó con cortesía si tendría la bondad de quedarse aquella tarde a hacer horas extraordinarias. Debía escoger a la mecanógrafa que quisiera y dictarle un informe. «He oído decir que se le da muy bien descifrar mi escritura salvaje», le dijo, y sonrió. Sofia Petrovna salió del despacho sintiéndose orgullosa de la autoridad del director y halagada por la confianza depositada en ella. Un hombre joven muy bien educado. Decían que era un trabajador raso al que habían ascendido y, de hecho, tenía las manos rugosas, pero aparte de eso...

La primera reunión general de los trabajadores de la editorial a la que Sofia Petrovna tuvo ocasión de asistir le pareció aburrida. El director pronunció un breve discurso sobre la llegada al poder de los fascistas y el incendio del Reichstag en Alemania, luego se fue en su Ford. Después de él tomó la palabra el secretario del Partido, el camarada Timoféiev. No sabía expresarse. Entre frase y frase caía en un mutismo tan profundo que daba la impresión de que nunca volvería a hablar. «Debemos cons-ta-taaaar...», decía de un modo tedioso, y enmudecía. «Nuestra cartera de producción...».

A continuación intervino la presidenta del Comité Sindical, una señora corpulenta que llevaba un camafeo sobre el pecho. Frotando y retorciendo sus largos dedos, anunció que a la luz de los acontecimientos era indispensable, en primer lugar, aumentar el rendimiento de la jornada laboral y declarar una guerra sin cuartel a los retrasos. Por último, hizo una breve disertación con voz histérica acerca de Thälmann¹ y propuso a todos los empleados que se inscribieran en el MOPR². Sofia Petrovna no entendía realmente de qué se trataba, se aburría y tenía ganas de irse, pero temía que no fuera conveniente, y lanzó una mirada severa a una mecanógrafa que avanzaba a hurtadillas hacia la puerta.

Pero muy pronto incluso las reuniones dejaron de parecerle fastidiosas a Sofia Petrovna. En una de ellas, el director, al informar sobre el cumplimiento del plan, señaló que los altos índices de producción que era preciso alcanzar dependían del trabajo disciplinado y concienzudo de todos los miembros del colectivo, no sólo de los editores y de los autores, sino también de las señoras de la limpieza, de las mensajeras y de cada una de las mecanógrafas.

¹ Ernst Thälmann (1886-1944): líder del Partido comunista alemán, detenido en 1933 y que murió en Buchenwald. (Todas las notas de esta edición son de la traductora).

² Socorro Rojo Internacional de los Combatientes de la Revolución.

—Por lo demás —dijo—, hay que reconocer que la oficina de mecanografía, bajo la supervisión de la camarada Lipátova, trabaja ya en este momento con un rigor excepcional.

Sofia Petrovna se ruborizó y durante un buen rato no se atrevió a levantar los ojos. Cuando finalmente se decidió a mirar a su alrededor, todos le parecieron extraordinariamente amables y atractivos, y escuchó los datos estadísticos con un interés inesperado.